



Carta de José de Cristóbal González en su despedida como Comisionado de la Hermandad de los Panaderos.

“Nadie puede arrodillarse ante el Señor y despreciar al hermano”

(Papa León XIV).

Estas palabras, pronunciadas por el Santo Padre en su homilía de la misa celebrada en la plaza de Cibeles, en Madrid, el pasado día 7 de junio, ante más de un millón de fieles asistentes, requieren ser inscritas en lápida y quedar grabadas en nuestra memoria para reflexionar sobre ellas cada vez que nos dispongamos a rezar o a mantener un encuentro personal con el Señor.

No se puede definir con menos palabras la única verdad que debe presidir las relaciones entre hermanos de una misma corporación de la Iglesia.

Llegué a la Hermandad a finales de febrero del pasado año por encargo de la Delegación Diocesana de Hermandades y Cofradías, con el único espíritu de prestar un servicio a la Iglesia de Sevilla y a sus cofradías.

Desde el principio procuré, en todo momento, que la Hermandad mantuviese una actividad propia de su vida habitual: cultos, cofradía el Miércoles Santo, conservación de las Sagradas Imágenes, conservación de enseres, conservación de la capilla, actividad de caridad... Es decir, que la presencia de un Comisionado no alterase en nada la vida diaria de la Hermandad.

Entendí que esa era una manera de avanzar en la búsqueda de una situación normalizada en la gestión de la Hermandad por sus propios hermanos, con una Junta de Gobierno; una forma de ocupar un tiempo transitorio hasta alcanzar una nueva realidad.



Desde el principio me encontré con un grupo de hermanos, bastantes, muy preocupados por la situación de su Hermandad y dispuestos a colaborar para salir cuanto antes de ese momento de incertidumbre.

Muchos de estos hermanos estaban enfrentados entre sí, tenían serias diferencias por momentos pasados e incluso no se dirigían la palabra, pero mantenían una actitud de colaboración para avanzar. Tengo la satisfacción personal de haber encontrado en los Panaderos a muchos hermanos, distantes entre sí y con distintas visiones del futuro de la Hermandad, de los que me llevo el regalo de una amistad personal.

Ojalá Dios quiera que sean capaces de encontrar, en la reconciliación entre ellos, la mejor forma de entender la llamada del Papa León XIV. En la Hermandad, claro que sí, hay muy buenas personas: buenos hermanos de los Panaderos, muy sacrificados en el trabajo diario por atender a su Hermandad. Y los hay por todos los rincones de la casa; y digo todos.

No se trata de identificar a los mejores por un lado o por otro. No es así. De verdad. Y si alguno ha creído que yo, en algún momento, lo he entendido de esa manera, le pido disculpas, porque nunca fue mi intención.

Mi única intención al elegir a mis colaboradores en la Junta Rectora fue exclusivamente la búsqueda de personas eficaces para la misión encomendada, unidas por un espíritu de colaboración y entrega a la Hermandad. A unos los conocía previamente; de otros pedí referencias; y a los dos últimos los conocí por su buen trabajo en la Hermandad. De todos ellos estoy enormemente satisfecho por su trabajo y fidelidad. Ha sido un honor haber trabajado con todos ellos.

Os garantizo, porque lo he visto y vivido, que son innumerables las horas que dedican a la Hermandad, quitándolas a sus familias o a su tiempo de ocio, en horas de madrugada y días festivos. Un trabajo que no siempre se percibe, pero cuyo resultado final vemos después, aunque muchos no lo agradezcan.



Todos ellos tuvieron la oportunidad de nombrar libremente a sus colaboradores y auxiliares, de la misma forma que yo hice con ellos. He de decir que también estoy satisfecho de su trabajo y colaboración.

Igualmente, quiero agradecer el trabajo y la colaboración de los capataces y auxiliares; de las cuadrillas de costaleros, de las mejores de Sevilla, al menos para mí; de las camareras y del vestidor, magnífico profesional y excelente persona; y de los acólitos, que son de auténtico nivel.

Mi agradecimiento también a nuestro Jesús, el capiller: hombre fiel y honrado, que ha colaborado conmigo en todo momento.

Agradezco a la Comisión Consultiva su colaboración siempre que se le ha necesitado, buscando lo mejor para la Hermandad desde su experiencia, a veces distinta y distante, pero siempre precisa y sincera, que era lo que se le pedía.

Al Director Espiritual, con quien también he estado todo este tiempo en buena sintonía. Hemos trabajado con respeto mutuo, le hemos mantenido informado desde la Junta Rectora de toda la actividad y hemos obtenido su colaboración siempre que se le ha pedido. Por ello, le doy las gracias públicamente desde estas líneas.

Mi agradecimiento a nuestro párroco, D. Francisco de los Reyes, siempre atento a ayudar a la Hermandad en cuanto le hemos solicitado y haciéndonos sentir parroquia.

Especial mención merece mi adjunto y amigo, José Luis Pérez. No tengo palabras para agradecer su trabajo, su buen hacer y su entrega por esta Hermandad. Desconozco las horas que lleva a su servicio de forma plena, pero serían impagables tanto por el tiempo dedicado como por la calidad de su trabajo. Ha estado, en todo momento, pendiente de todo y de todos. A mí no me ha sorprendido porque lo conocía, y espero que los hermanos de los Panaderos también sepan valorarlo, a partir de ahora, en su justa medida y como merece.



Como último agradecimiento, quiero referirme a D. Marcelino Manzano y a D. Miguel Vázquez, por haber confiado en mí y por el apoyo que he recibido en todo momento. Nos une nuestro amor por las cofradías y el deseo de que funcionen como verdaderos motores de la Iglesia de Sevilla.

Quiero, en mi despedida, hacer mención también a los dos malos momentos que me ha tocado vivir en este tiempo.

El primero, cuando falleció el hermano número uno, José Luis Jiménez, a quien hacía poco tiempo que conocía. Pero fue suficiente para establecer una sintonía con un viejo cofrade, de mirada sincera y clara, que se nos fue viendo a su Hermandad atravesar un mal momento y, por ello, seguro que sufriendo de una manera injusta después de todo el tiempo de entrega dedicado a la misma.

El segundo, con la tragedia que supuso para toda la Hermandad la marcha, al lado del Señor, del bueno de Manolo García Tejada. A él sí lo conocí algo más. Además, era amigo de una gran parte de la familia de mi mujer. Tuve la oportunidad de comprobar con él cómo, desde la discrepancia en algunos temas —aunque en la mayoría estábamos de acuerdo—, se puede crecer en la amistad cuando hay sinceridad de por medio y, en su caso, buen corazón.

Él sí fue para mí un ejemplo de cómo se puede crecer en la Hermandad desde la reconciliación. Nunca tuvo malas palabras para nadie; simplemente había personas que le gustaban más y otras que le gustaban menos. Faltaría más.

Que la Santísima Virgen de Regla Coronada, a la que tanto rezaron, los acoja en su seno y proteja y ampare a sus familias, que tanto los echarán de menos.

Seguro que me olvido de cosas y de personas, y por ello vuelvo a pedir disculpas. No ha sido mi intención.

Pido perdón a los hermanos con los que, en algún momento, he tenido algún desencuentro. No fue mi intención, pero hay momentos y situaciones en los que se hace difícil el encuentro.



Me voy con la insatisfacción de no haber conseguido la estabilización de la Hermandad, exclusivamente por mi culpa. Confié en mis cualidades y en mi experiencia en juntas de gobierno durante veintiséis años. No ha podido ser.

Y también me retiro desde el respeto a todos los hermanos de los Panaderos, sin ningún tipo de rencor hacia nadie. Hay quien me cae bien y hay quien no tanto, y lo saben porque soy bastante transparente. Pero mi mano y mi palabra seguirán tendidas.

Ha quedado trabajo por realizar, y a ello os animo a todos: a los que han colaborado en este tiempo y a los que han dejado de hacerlo; a los que ven en una Junta Rectora algo temporal y circunstancial, pero no necesariamente negativo; y a los que ven en ella una especie de demonio, haga lo que haga. En una Hermandad no sobra nadie, excepto quienes no sepan o no quieran saber el sentido de pertenencia a una organización de la Iglesia.

Me despido como empecé, pero en esta ocasión haciendo mención a una frase de San Juan Pablo II:

“El hombre que perdona o que pide perdón comprende que hay una verdad más grande que él”.

José de Cristóbal González